

Los Malvados y Los Malditos



Josh Reynolds

Phil Kelly

David Annandale

timunmas



WARHAMMER™
HORROR

Los malvados y los malditos

JOSH REYNOLDS, PHIL KELLY Y DAVID ANNANDALE

timunmas

Título original: *The Wicked and the Damned*

Traducción: Traducciones imposibles, 2020

Los malvados y los malditos © Copyright Games Workshop Limited 2020.

Los malvados y los malditos, The Wicked and the Damned, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40.000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o TM, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2019 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© de la traducción, Games Workshop Limited, 2020. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Ilustración de cubierta de Allan Ohr

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0812-6
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Depósito legal: B. 2.353-2020

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Silencio – Parte 1	11
La bestia de las trincheras <i>Josh Reynolds</i>	21
Silencio – Parte 2	111
La mujer en las paredes <i>Phil Kelly</i>	115
Silencio – Parte 3	217
La fe y la carne <i>David Annandale</i>	223
Silencio – Parte 4	313

Silencio

PARTE 1

El planeta se llamaba Silencio. Era un mundo de columnas grises y estatuas adustas, cuyas sombras se entretejían unas con otras. Entre aquellas sombras, unas presencias extrañas merodeaban sobre piernas escuálidas. Las doradas máscaras mortuorias que llevaban capturaban en ocasiones la suave luz de los lúmenes ceremoniales, y los velos grises que los cubrían crujían mientras se afanaban en sus tareas eternas.

Silencio era un mundo de muertos. Un mundo cementerio. Enormes depósitos de caídos se alzaban hacia los pálidos cielos y se incrustaban en las profundidades de la corteza de la tierra. Gigantescos mausoleos con cientos (cuando no miles) de muertos honrados se alineaban formando bulevares amplios y silenciosos. Fosos de piedra con recovecos poco profundos albergaban a indigentes y mendigos a millones.

Así como era en vida, así era en la muerte.

El aire del mundo cementerio era frío y húmedo, cargado de neblina y del persistente aroma del incienso, que flotaba sobre las calles y ocultaba el hedor de la podredumbre. Las formas fetales de los querubines cibernéticos volaban sin rumbo con alas andrajosas, y sus rostros parecían calaveras doradas. Arrastraban quemadores

de incienso en la oscuridad y el silencio, murmurando salmos repetitivos con voces estridentes y metálicas. La condensación caía en incesantes oleadas por las ventanas acristaladas que observaban las calles y avenidas que discurrían por debajo.

El mundo estaba sepultado bajo piedra y cristal. Hacía siglos que había muerto, pero no había nadie que se percatara. Los únicos habitantes eran los ciberquerubines y los servidores mortuorios con sus piernas larguiruchas y sus cuerpos inhumanos amortajados.

Como todos los servidores, su vida era pura persistencia. Se arrastraban entre las tumbas, asegurándose de que todo estuviera como debía estar y de que todo se hallara en el sitio adecuado. Realizaban su tarea en completo silencio excepto por el amortiguado estruendo de las campanas funerarias que envolvían sus cuerpos. Solo pausaban sus esfuerzos para observar a los pocos peregrinos que venían a Silencio para atravesar los lúgubres campos de piedras y estatuas.

A veces, por algún motivo que solo ellos conocían, seguían a los visitantes desde la distancia. Como si tuvieran curiosidad por conocer sus intenciones. O tal vez se anticipaban a lo inevitable.

Esta última razón era la que pululaba por los pensamientos de Egin Valemar mientras caminaba en soledad por las calles de Silencio. Era alto y enjuto, igual que muchos hombres, y su sombra se estiraba detrás de él siguiendo su estela. Los servidores mortuorios lo observaban y él lo hacía a su vez con el estado de alerta propio de un soldado. Se ajustó el cuello de su gabán para ahuyentar el frío persistente. El abrigo era negro, igual que la gorra con visera de comisario que llevaba.

Valemar estaba enfadado. Solía estarlo a menudo. En ese momento lo estaba porque se encontraba en Silencio y no con su nuevo regimiento. Estaba enfadado porque le habían ordenado venir, aunque no estaba seguro de por qué ni quién había sido. Y estaba enfadado porque le dolía la cabeza.

Llevaba ya un tiempo doliéndole. Una migraña pertinaz florecía dentro de su cráneo. A veces se acostumbraba tanto al dolor que se olvidaba de él. Y entonces una repentina punzada le recordaba su presencia. Se le clavaba en la carne y le hacía muy difícil pensar en otra cosa.

Se detuvo y se frotó las cejas tratando de calmar el tamborileo creciente en las sienes. Con la presión de los dedos, el dolor retrocedió, aunque solo ligeramente. Era el estrés de su reciente destino. Suspiró y bajó las manos.

—Lo siento, coronel —murmuró.

Se preguntó si sería esa la razón por la que le habían ordenado venir a Silencio, aunque no llegaba a imaginar quién podría haber querido que viniera él. Había intentado averiguarlo antes de partir, pero el Departamento Munitorum era un laberinto inaccesible de burocracia; uno para el que no tenía paciencia. Mejor dejarse llevar que arriesgarse a ser negligente en sus obligaciones. Y, en cualquier caso, si estaba allí era porque allí era donde se suponía que debía estar.

Miró hacia arriba. Las estatuas se alineaban a lo largo de la avenida, héroes olvidados del Imperio, dispuestos sobre amplios pedestales donde se indicaban sus acciones y la fecha de su muerte. O, en algunos casos, la fecha estimada de muerte. A veces era difícil de confirmar. La burocracia imperial era una corriente lenta. Al final, todas las cosas llegaban al mar, pero a su tiempo. Un dicho del coronel.

Valemar frunció el ceño molesto por ese pensamiento. El coronel estaba muerto y los sentimientos eran el refugio de los cobardes.

Cerca de él resonaron unas campanillas funerarias. Se dio la vuelta y se puso tenso de repente. La espesa niebla entre las estatuas y las tumbas difuminaba el camino por el que había venido. Se dispuso a continuar con más celeridad, pero las campanillas volvieron a sonar. Más cerca. A su izquierda. Se detuvo y se giró, ansioso por empuñar el arma. Una súbita sensación de paranoia lo recorrió de arriba abajo.

Tal vez esto fuera una trampa. Tal vez sus enemigos lo habían convocado aquí. ¿Y qué lugar hay mejor para matar a un hombre que un mundo cementerio? Rio con amargura. No tendrían más suerte ahora de la que habían tenido antes. El Dios-Emperador cuidaba de él. Él lo sabía, no le cabía ninguna duda. La única certeza en una existencia por lo demás ambigua.

Como si le hubieran leído el pensamiento, el sonido de las campanillas se desvaneció. Fuera lo que fuera aquello, se alejaba de él. Esperó un rato antes de continuar. No estaba seguro de adónde se dirigiría, pero sabía que debía llegar allí a tiempo.

Cuando se giró, el servidor mortuorio lo estaba esperando.

Los sensores ópticos de la máscara funeraria brillaron con una luz carmesí cuando bajó la mirada hacia Valemar. Era más alto que él, pero más larguirucho. Las piernas eran trozos de metal unidos de forma extraña y salpicados de filamentos sensoriales semejantes a los pelos de la pata de una araña. El cuerpo se ocultaba bajo un harapiento sudario gris, pero Valemar podía ver algo que se retorció bajo los pliegues. Cosas invisibles zumbaban y emitían chasquidos, y podía oler el hedor del incienso rancio que se aferraba a aquella tela tiesa y mugrienta.

La cabeza del servidor reposaba al final de un cuello alargado compuesto de segmentos vertebrales metálicos. Estos rechinaban suavemente mientras el servidor lo observaba. La máscara mortuoria dorada estaba forjada para asemejar las facciones redondeadas de un querubín sonriente. El autómata dio un paso ligero y arrastrado hacia él. Valemar se mantuvo firme. Detectaba un rastro de carne pútrida bajo la omnipresente pestilencia del incienso. No confiaba en las máquinas, y menos todavía en las que se cubrían con carne. Dejó caer la mano hacia la pistola láser que llevaba en la cadera. La mirada roja bajó siguiendo el recorrido de su mano y, después, volvió a subir.

—Identifícate —solicitó el servidor mortuorio con una voz infantil y cantarina.

—Valemar. Comisario Egin Valemar. Me están esperando.

Hizo una pausa preguntándose por qué había dicho eso. Por cuanto podía recordar, nadie allí lo esperaba. Nadie vivo, en cualquier caso. No obstante, obtuvo el efecto deseado. El servidor dio un gruñido binario y se apartó de su camino repiqueteando. Retrocedió hacia la niebla y pronto no quedó señal alguna de su presencia allí.

Valemar siguió adelante. El dolor de cabeza remitió cuando entró en una pequeña plaza que contenía diversas hileras de féretros. Había visto plazas similares desde la distancia, salpicando el paisaje urbano y siguiendo algún patrón que a él se le escapaba. Siempre se le había dado bien encontrar patrones, aunque no comprendiera su significado.

Cada féretro estaba ocupado por una figura cubierta con su mortaja. Sintió un escalofrío cuando pasó entre aquellas hileras,

como si pudieran levantarse en cualquier momento y exigirle que explicara los motivos de su presencia allí. Siguió el camino hasta llegar al centro de la plaza. La niebla se levantaba conforme avanzaba. Oyó voces. Amortiguadas. Confusas.

Se detuvo y llevó la mano hacia el arma. La niebla se disipó y vio dos figuras de pie en el centro del lugar. Ambas se dieron la vuelta cuando él se acercó a ellas con la mano sobre el arma enfundada. El hombre tenía una estatura por debajo de la media y era oscuro. Iba ataviado con la pesada toga de misionario de la Eclesiarquía y su mirada oscilaba nerviosa entre Valemar y su acompañante. Ella era pequeña de estatura y de complexión, pero con los rasgos marcados y la mirada penetrante. Iba vestida con el uniforme de oficial del Astra Militarum y tiraba distraídamente de las puntas de las vendas que se insinuaban debajo de las mangas.

Valemar hizo una pausa y se preguntó si debía saludar. Se decantó por un asentimiento respetuoso. Ella frunció el ceño, pero le devolvió el gesto.

El hombrecito extendió una mano frente a él.

—Oswick —dijo—. Oswick Marrikus. Ella es...

—Puedo presentarme yo misma, sacerdote —lo interrumpió la mujer con tono áspero—. Soy la comandante de campaña Leana Vendersen, primera clase. ¿Y tú eres...?

Valemar no había estrechado la mano de Marrikus. El hombrecito la retiró con el ceño fruncido mientras Valemar se concentraba en la oficial.

—Comisario Valemar. Me están esperando.

—A todos nos están esperando, comisario —repuso Vendersen—. Aunque yo no tengo ni la más remota idea de por qué—. Un gesto de consternación se extendió por su rostro. —Es más, yo no... —Hizo una pausa y miró alrededor como si dudara.

Marrikus asintió.

—No sabes cómo has llegado aquí. Ni yo tampoco. —Lanzó una mirada a Valemar esperanzado.

—Por supuesto que sé cómo he llegado aquí —declaró Valemar. Le había tomado una aversión instantánea al hombrecito, aunque no sabría explicar por qué. Y la mujer parecía nerviosa. Tal vez tuviera algo que esconder. Algo que prefería que un comisario

no supiera—. Me ordenaron venir. Yo... —vaciló—. Con una nave —dijo al fin.

Pero no lograba acordarse. No recordaba su llegada. Miró a su alrededor como si lo viera por primera vez. ¿Cómo había llegado aquí?

—¿Qué nave? —preguntó Marrikus.

—No he venido aquí para ser interrogado —contestó Valemar, cortándolo en seco.

—Entonces ¿por qué has venido? —quiso saber Vendersen.

Una vez más, Valemar se tomó su tiempo. Pensaba que lo sabía, pero descubrió que era incapaz de formar las palabras en su mente. Sacudió la cabeza.

—Mis órdenes no son asunto vuestro —comentó con rotundidad.

Ella se enfureció y pareció que quería decir algo, pero Marrikus fue más rápido.

—¿Por qué hemos venido los tres? —Alternaba la mirada entre los otros dos—. ¿Recuerdas haber sido invitado? —preguntó con los ojos fijos en Valemar. Después, miró a Vendersen—. ¿Y tú? —Volvió a mirar a su alrededor—. Tal vez no tenga importancia —añadió suavemente—. Ahora estamos aquí. Y que el Dios-Emperador nos libre de todo mal.

Vendersen resopló.

Valemar le lanzó una mirada furiosa.

—No blasfemes.

Bajó la mirada hacia el más cercano de los cadáveres amortajados. Lo observó con atención tratando de discernir la forma que había debajo del fino sudario. Le resultaba inexplicablemente familiar.

Acercó la mano al sudario para retirarlo, pero se detuvo al oír el estruendo de las campanas. Levantó la vista y vio la vaga silueta de un servidor mortuorio que los vigilaba con suma atención desde un extremo de la plaza. Tenía su roja mirada clavada en él, así que retiró la mano poco a poco. Vendersen sacudió la cabeza.

—No les gusta que las cosas sean perturbadas —explicó—. Emiten un sonido horrible. Como cuando se despelleja a un gyrix.

—Y tampoco nos permiten marcharnos —añadió Marrikus—. Ya lo he intentado antes y me han traído de vuelta. —Se frotó los brazos como si tuviera frío—. Solo el Dios-Emperador sabe por qué.

Valemar vio más servidores deslizándose entre las tumbas más alejadas murmurando oraciones binarias. Algo en ellos le puso los pelos de punta. Notó de nuevo el pulso en la cabeza y se frotó las sienes.

—Tengo un arma —manifestó.

—¿Solo una? —espetó Vendersen mientras le daba unos golpecitos a una ornamentada pistola láser con bayoneta.

—Tal vez deberíamos limitarnos a esperar —propuso Marrikus—. Al final vendrá alguien y nos dirá por qué estamos aquí.

—¿Y si no viene nadie? —preguntó Vendersen.

—¿Por qué nosotros? —intervino Valemar. Los otros dos lo miraron. Les sostuvo la mirada en busca de algún rastro de mentira. Un destello de algo que no debiera estar ahí. Pero en sus ojos no había más que el reflejo de su propia confusión cada vez mayor.

—¿Qué? —exclamó Marrikus.

—¿Por qué nosotros? ¿Por qué aquí? —Valemar señaló las tumbas—. ¿Tenemos alguna característica en común? —Se lamió los labios, su nerviosismo iba en aumento. Sintió la necesidad de escapar, aunque no sabía decir de qué—. ¿Qué es lo último que recordáis? —inquirió.

—¿A qué te refieres? —intervino Vendersen con cautela.

—Ninguno de nosotros recuerda por qué está aquí ni cómo ha llegado a este lugar. ¿Qué es lo último que recordáis?

Vendersen le lanzó una mirada de desconfianza.

—Tú primero, comisario.

—Sí, no, me parece bien —dijo Marrikus rápidamente, antes de que Valemar pudiera contestar—. Nos contamos nuestras historias y vemos si la respuesta se encuentra ahí. —Entonces miró a Valemar—. Tú primero, comisario, por favor.

Valemar sacudió la cabeza.

—Bien. —Estudió el cadáver más cercano—. Recuerdo...

Sonrió.

—Recuerdo que el cielo estaba en llamas...